



Universidad Nacional
de General Sarmiento **2013**

Vigésimo aniversario de la creación de la Universidad y bicentenario de la Asamblea del año XIII

Edición del día jueves 19 de diciembre de 2013 • Número 18

La Universidad interviene

en los debates nacionales

Crisis del capitalismo financiero

Ricardo Aronskind



Foto: José Curto

La Universidad Nacional de General Sarmiento cumple 20 años y lo festeja ofreciendo a los lectores de Página/12 otras tantas contribuciones de sus investigadores-docentes para pensar los problemas nacionales.

Crisis del capitalismo financiero

Ricardo Aronskind

Investigador-docente de la UNGS y coordinador del PISCO.

Lejanos orígenes de la crisis

Durante los últimos 30 años, el sistema capitalista en los países centrales sufrió una mutación significativa. Los gobiernos conservadores de Estados Unidos e Inglaterra decidieron enfrentar a los trabajadores de sus respectivos países, para lograr desbalancear la situación social provocada por la aplicación de las políticas keynesianas en la posguerra, a favor de las empresas. En años más recientes, Alemania optó por flexibilizar el mercado laboral, creando una capa creciente de trabajadores precarizados y mal pagos. El traslado masivo de fuentes de trabajo de toda la economía occidental hacia China en las últimas décadas, fue también otro golpe a los salarios elevados, a favor de la rentabilidad empresarial.

La derrota de los asalariados dio paso a un largo período de estancamiento salarial relativo, que combinado con un incremento de la productividad del trabajo, recompuso las ganancias empresarias. Pero destruir el esquema keynesiano, basado en una amplia base de consumo de masas, principal sostén de la demanda, planteaba el problema del desbalance entre la creciente capacidad productiva del sistema (la oferta) y los ingresos estancados de la mayoría de los asalariados (la demanda).

Para las empresas productoras de bienes y servicios (en adelante CP, capital productivo), la era reaganiana representó una notable recomposición de los beneficios, pero también planteó un gran dilema: ¿quién comprará la producción, quién sostendrá la demanda, si los ingresos de la mayoría no corren en paralelo a la ampliación de la oferta?

Una respuesta coyuntural

Carlos Marx, en sus estudios sobre el sistema capitalista, señaló que cada empresario quiere pagarle lo mínimo posible a sus trabajadores—para maximizar la obtención de plusvalía—, pero desea que el resto de los empresarios les paguen mejor a sus asalariados, porque alguien tiene que comprar su producción, hecho sin el cual no se completa el ciclo de reproducción del capital. En la economía real, es posible que algunos empresarios paguen bajos salarios, aprovechando que otros asalariados, mejor remunerados, son el mercado de consumo. Pero no puede ocurrir que todas las empresas, al mismo tiempo, paguen poco, porque en tal caso el infraconsumo produce una crisis por la imposibilidad de vender la producción. En esta sencilla observación se encuentra uno de los nudos explicativos de la crisis actual.

El sistema capitalista encontró en los años 80 un mecanismo para “resolver” ese dilema. Y lo aplicó asiduamente durante las décadas que siguieron hasta la actualidad: el uso masivo del crédito en reemplazo del incremento de las remuneraciones. Si el consumo no podía seguir el ritmo del crecimiento de la producción, debido al estancamiento salarial, una fuente adicional de dinero ingresaría a los bolsillos: los abundantes préstamos que ofrecía el sector financiero para comprar todos los bienes y servicios que la sociedad de consumo era capaz de ofrecer.

Había nacido el matrimonio entre el capital productivo (CP) y el capital financiero (CF), que parecía lograr el “ideal” que había señalado Marx: el CP podía pagar bajos salarios y por lo tanto sus ganancias eran

elevadas, y al mismo tiempo “alguien” creaba consumidores con capacidad de compra: el CF. Si bien tienen intereses específicos, en el punto central del proceso de acumulación, el CP y el CF se complementaban.

El CF, alimentado por la imparable emisión de dinero realizada por Estados Unidos, por la continua concentración del ingreso en los estratos sociales más altos—cuyos excedentes, en forma de ahorros, alimentaban el circuito—, y por los sucesivos inventos financieros realizados por el sector privado, impregnó todas las actividades económicas, y endeudó a particulares, empresas y países. La contracara “real” de las deudas era un nivel de actividad, de consumo y de producción superior al que surgía de la regresiva distribución de la riqueza que se verificaba en el mundo de la producción. La nueva dinámica macroeconómica, promotora de una desigualdad creciente dentro de cada sociedad nacional y entre los países, parecía no tener efectos sobre la ampliación sistemática de los mercados de consumo.

Un mundo burbujeante

Sin embargo, el límite a una expansión basada en el financiamiento de la demanda/endeudamiento de los compradores, está en el grado de realidad o irrealidad que puede soportar el orden económico-social. ¿Cuál es el límite de endeudamiento de los deudores? ¿Cuántas transacciones se pueden generar a partir de un monto determinado de dólares? ¿Qué valor tienen los fondos prestados a países, empresas o familias que exceden su capacidad de repago? ¿Las tasas de interés pueden independizarse del movimiento real de la economía? ¿Generar activos contables es equivalente a que existan en la realidad? ¿Cómo se transforman papeles, generados dentro del circuito financiero, en bienes materiales equivalentes?

El matrimonio entre CP y CF tuvo una inevitable descendencia: las burbujas financieras. Una burbuja es una masa creciente de riqueza (ficticia) que se infla... hasta que estalla y desaparece. “Riqueza” que hoy está y mañana no. Derechos de propiedad que un día antes eran sólidos, y un día después valían lo mismo que el papel en que estaban impresos. Riqueza ficticia que al mismo tiempo era imprescindible para estimular la demanda, mantener la expansión económica y fortalecer las expectativas de negocios. Quizás esa doble condición de las burbujas—una ficción con efectos reales—nos permita entender su reiteración en las últimas décadas en los Estados Unidos. La era Clinton terminó con el estallido de la burbuja de las empresas “punto-com”, y la de Bush (hijo) con la explosión de la burbuja hipotecaria. En el transcurso de estos años hemos visto desaparecer gigantescas empresas globales basadas en “contabilidades creativas” y “genios de las finanzas”, como Madoff, más cercanos al ilusionismo que a la economía real. Hoy se continúa explorando la posibilidad de creación de nuevas burbujas, necesarias para la expansión del negocio financiero, e importantes *think tanks* económicos en el centro consideran como “natural” el surgimiento de nuevas crisis en los años venideros.

El final inevitable de las burbujas es la explosión, es decir, la destrucción de parte del capital ficticio, basado en deudas que son incobrables e irrecuperables, en riquezas que sólo existen en la contabilidad imaginativa de los “mercados”. Activos y pasivos se destruyen en el mismo acto. Si la desigualdad distributiva originaria persiste, la posibilidad de “inflar” nuevamente la demanda queda supeditada a un nuevo ciclo de endeudamiento. La desaparición de la “ilusión” también genera efectos depresivos sobre la economía real.

Es que la recuperación genuina del crecimiento depende de una ecuación fundamental: la relación entre los ingresos de los agentes económicos y los pagos de deuda que deben afrontar. Las deudas deben decrecer sustancialmente, o los ingresos crecer consistentemente, para que reaparezca la demanda. En economía, la reducción real de las deudas se denomina licuación, y el incremento de los ingresos de los consumidores, redistribución.

La novedad del momento actual es la enorme dificultad para reeditar un nuevo ciclo expansivo en Estados Unidos y Europa basado en la misma lógica que las décadas precedentes. Precisamente porque el mecanismo del endeudamiento fue llevado a un grado inédito, que tocó un límite de insostenibilidad, la reanudación de un ciclo expansivo de demanda basado en nuevo endeudamiento no se puede hacer sobre el nivel actual de deuda de particulares, empresas y Estados.

Pero en la presente coyuntura que comienza, marcada simbólicamente por la caída de la banca Lehman Brothers en 2008, se ha rescatado a los principales actores financieros de los principales países centrales y se ha evitado la licuación. Es decir, se ha impedido conscientemente que se diluya el capital ficticio, invirtiendo todo el esfuerzo de las instituciones, en Estados Unidos y Europa, en consolidar las deudas (de particulares, empresas y Estados) y evitar una masiva reducción de las mismas. La razón, aparentemente, es que quienes deberían sufrir un fuerte recorte de su patrimonio son los sectores más pudientes del planeta, los acreedores del resto, que hoy controlan partidos políticos, instituciones globales y medios de comunicación. Una de las hipótesis sobre por qué se adoptó esta forma de “no resolver” el problema, es que el CP y el CF están tan interrelacionados que no puede haber una política de saneamiento financiero para liberar la demanda hacia el CP sin producir pérdidas al propio CP. Entonces, se sostiene la ficción, se “blinda” la burbuja, se finge la viabilidad del actual

¿Qué es el PISCO?

El PISCO es un Programa Interdisciplinario de Seguimiento de la Evolución y los Impactos de la Crisis Económica Mundial. Ha sido creado en el seno del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, con el propósito de instituir un ámbito de investigación, discusión y análisis creativo de las enormes transformaciones que se están produciendo en el sistema económico mundial y de sus posibles efectos sobre economías periféricas como la nuestra. El PISCO se propone tanto instalar la problemática de la actual crisis internacional en el ámbito universitario como situar a la universidad en general, y a la UNGS en particular, en el corazón de los intercambios públicos sobre la cuestión. Es necesario que la universidad pública contribuya tanto a la definición de la agenda de las discusiones públicas sobre la crisis como a la resolución de los desafíos que la misma plantea.



Los caminos de la Argentina

Si bien la discusión pública en la Argentina transita por senderos más coyunturales, en los próximos años presenciaremos una disputa relevante sobre el horizonte económico y social del país. La Argentina no puede sustraerse de la dinámica económica mundial, pero sí puede elegir entre la pasividad autodestructiva o el esfuerzo por avanzar por caminos alternativos. Poderosos actores globales y locales quieren reconducir a la Argentina al “redil” del orden global predominante. Esa reconducción consiste básicamente en reconectarla financieramente con el mercado especulativo global y abrirla comercialmente a las importaciones masivas. Una política económica que restaurara la dependencia financiera y recortara la industrialización en torno a sectores puntuales sería aplaudida por la comunidad de negocios internacional. Un perfil social fuertemente fragmentado surgiría como un subproducto de la dinámica del capitalismo multinacional. Políticamente, el país sería un anexo provincial de la “globalización”. El cambio notable del perfil de la deuda externa en la última década ha creado una situación de solidez financiera externa. Adicionalmente, el argentino medio tiene un endeudamiento inferior al 20% de sus ingresos, frente al 100% de los norteamericanos y de muchos europeos, lo que lo convierte en otro apetecible *target* de endeudamiento adicional. Por lo tanto, Argentina es hoy un país apto para ser sometido a un proceso masivo de reendeudamiento, que sería aplicado a la compra de bienes y servicios importados y a volver a pagar intereses por los créditos recibidos. Frente a este camino, la alternativa sería mantener la salud financiera actual, usar el crédito global exclusivamente para mejorar la capacidad productiva, seguir ampliando el mercado interno sobre la base de incrementos reales de los ingresos de amplios sectores sociales y reforzar las políticas de compra intrarregional. La gran pregunta es qué camino elegirá la sociedad argentina, y qué grado de lucidez y comprensión de lo que se está jugando tendrá esa decisión.

esquema, obligando a ajustarse y exprimiendo los ingresos de los endeudados, que son la base de una gigantesca pirámide de endeudamiento. La gran prensa, feroz frente a cualquier política distribucionista, es protagonista principal del negador relato financiero.

En realidad, el sistema bancario europeo está severamente averiado, ya que contabiliza “activos” por valores que no existen más; la UE hace supuestos análisis de solvencia bancaria, que no resultan creíbles. Dominique Strauss-Khan, ex director gerente del FMI, ha dicho en julio pasado: “El sistema bancario está muy enfermo. Mucho más de lo que la gente dice. Tiene que ser limpiado y arreglado antes de que vuelva el crecimiento”. La propia situación económica alemana no es sustentable: mantiene su actividad interna gracias a la demanda que encontró en el resto de la zona europea, usando sus excedentes financieros no para invertir internamente, sino para prestar en mercados que se han vuelto inestables.

Dicho en forma sencilla, se ha trabado el crecimiento económico en Europa. En Estados Unidos, los débiles impulsos a la demanda están mediados por el sector financiero: son las gigantescas emisiones de la Reserva Federal las que mantienen en movimiento las cotizaciones accionarias y, por esa vía, rentabilidades y gasto de sectores de medios y altos ingresos. El partido republicano se está encargando de trabar cualquier otra expansión del gasto. Parece que la única intervención aceptable es por vía financiera. Según el senador demócrata Bernard Sanders, el 95% de la expansión económica posterior a 2008 ha sido apropiada por el 1% más rico de la sociedad.

La caída de ventas de la gigantesca red minorista Wall Mart en Estados Unidos en los últimos meses refleja la situación económica de la mayoría de los estadounidenses. Al mismo tiempo, una parte de sus empleados tiene salarios tan bajos que califica para los planes de ayuda gubernamental a los pobres. Sindicatos de las cadenas de *fast food* y activistas progresistas están luchando en ese país para que el salario mínimo horario suba de 7 a 11 dólares. En los años 60, ese salario mínimo equivalía, en términos actuales, a 20 dólares.

Si el diagnóstico realizado es correcto, la única forma de relanzar en forma sostenible el crecimiento es cambiar la configuración distributiva conservadora surgida en los 80. Pero eso implica, para el mundo empresario, un recorte de la tasa de ganancia que permita el crecimiento del poder de consumo asalariado, sin endeudamiento. Es decir, una reversión de la contrarrevolución reaganiana y del conjunto de valores sociales y económicos que contribuyeron a consolidar esa victoria empresaria.

Repercusiones para América Latina

Dado este cuadro económico, luego de cinco años de iniciada la crisis y evaporados los esfuerzos mediáticos por crear expectativas positivas descubriendo “brotes verdes” e inventando proyecciones optimistas de nuevo crecimiento, las firmas de los países centrales empiezan a buscar una ampliación –o sustitución– de la demanda adicional que no encuentran en el centro, “en otra parte”. Cada vez se habla más de los BRICS, de Asia, de Latinoamérica, como nuevos proveedores de demanda. Así, en los escenarios que manejan las consultoras y firmas mul-

tinacionales se visualizan para las próximas décadas masivas incorporaciones de pobres a las capas medias en los países periféricos, lo que es otra forma de decir que cientos de millones de habitantes pasarán del infraconsumo a estándares de gasto apetecibles para el mundo empresario.

Para América Latina, y especialmente América del Sur, la situación es ciertamente riesgosa: nuestra región puede encontrarse atezada entre el CF de los países centrales, que quiere “beneficiarnos” con crédito que no puede colocar en otras regiones, y las exportaciones de su CP (no importa su localización) que necesita ampliar mercados para colocar bienes y servicios.

Brasil, uno de los sostenes de un proyecto autónomo para la región, es una muestra de cómo funciona la tenaza en un importante país periférico. El país arrastra hace años un tipo de cambio sobrevaluado, producto de la política que se sostiene desde su Banco Central, de fuerte estímulo al ingreso de CF. Brasil destina cerca del 5% del PBI al pago de intereses de la deuda “interna”, llamada así ya que ha sido contraída en moneda local, pero que paga intereses que convertidos en dólares resultan muy convenientes para el CF global. La abundancia de capital volátil retrasa el tipo de cambio y fuerza una apertura importadora que “disciplina” precios internos, promoviendo tendencialmente la desindustrialización del país. La revaluación cambiaria ayuda a entender la creación de millones de “consumidores” nuevos, dado que sus ingresos en dólares crecen “mágicamente”, aumentando su poder de consumo en bienes importados. La “fortaleza” cambiaria contribuye a incrementar la dimensión del PBI en dólares, y a facilitar el cálculo matemático que permite declarar que millones de habitantes superaron el mínimo de dólares diarios necesarios para “salir de la pobreza”. La deformación financiera de indicadores diseñados en la época keynesiana (tales como el producto, los ingresos y el consumo –y que por lo tanto reflejaban con mayor exactitud variables reales–), permite sostener la manipulación de la información y las ideas por parte del *establishment* ideológico internacional, destinada a convalidar la infalible “magia” del libre mercado y el éxito de las políticas de los centros, aplicadas a la periferia. Sin embargo, lo que estamos presenciando es el “círculo virtuoso” entre los prestamistas globales (CF) y las firmas multinacionales (CP) instaladas en China y el sudeste asiático, a expensas del desarrollo productivo del Brasil. El ministro de economía Guido Mantega ha criticado en los últimos años la “guerra de monedas” protagonizada por diversos países centrales, forma novedosa de llamar a sucesivas devaluaciones competitivas. Sin embargo, no ha osado cambiar la propia orientación interna, que reemplaza crecimiento genuino por magia financiera transitoria.

La tenaza entre CF y CP internacional tampoco sería novedosa para los argentinos. Nuestro país fue un ejemplo perfecto de esa lógica en los 90: una apertura financiera que inundó de dinero volátil a nuestro país, atrasó marcadamente el tipo de cambio y nos llevó a un frenesí importador aplaudido por el mundo de los negocios globales. Argentina, gran deudor y gran importador, en la mejor tradición de la Argentina oligárquica del siglo XIX. Así se entienden los elogios que llovieron desde “el mundo” hacia esa política. Pero la misma inviabilidad que tienen las burbujas financieras en el largo plazo, es la que

tenía esa política aplicada a una economía nacional: el límite de la fantasía de consumo sin límites en un país periférico –desconectado de sus capacidades productivas y exportadoras– lo fija el “endeudamiento creíble” ante los propios prestamistas. Fue el propio CF el que dio por terminado el ensueño convertible al cortar el crédito al país en 2001. La lección es que por más que se cuente con gobiernos que se subordinaron plenamente a las demandas del CF para “crear confianza”, la dinámica de las burbujas es inexorable.

El caso argentino ayuda a comprender que el “matrimonio” CP-CF funcionó también en la periferia sólo en forma transitoria: el CP del centro ganó, gracias a las masivas importaciones argentinas, lo que generó destrucción del CP local. El CF global ganó, gracias al masivo endeudamiento argentino, los intereses pagados y las comisiones cobradas. El país, tornado inviable económica y socialmente por su adaptación pasiva a la “tenaza” externa, explotó.

Con sus matices nacionales, los mensajes que lueven sobre nuestra región son similares porque están inscriptos en las necesidades del CP y el CF de los países centrales y en las urgencias y desequilibrios introducidos por la crisis en aquellas regiones. El escenario sistémico que piensan para América del Sur es: exportación de *commodities* más endeudamiento, para potenciar los gastos en bienes y servicios globales, por parte de los Estados, las empresas y los particulares.

Ese nuevo consumismo tiene, para nuestra región, el atractivo de una falsa participación en el mundo moderno, pero encierra la pesadilla de la primarización, el alto desempleo y, en el mediano plazo, el retroceso material y cultural. ■



EDICIONES UNGS



Controversias y debates en el pensamiento económico argentino

Ricardo Aronskind
UNGS - Biblioteca Nacional
Colección 25 años 25 libros

Descarga gratuita en:
www.ungs.edu.ar/ediciones



Daniel Azpiazu, siempre así

Ricardo Aronskind, Karina Forcinito, Roberto Domecq y Martín Schorr
UNGS - UNTDF
Colección Textos institucionales

I PRÓXIMOS NÚMEROS

- Número 19 - 26 de diciembre
La ciudad metropolitana en la acción política local
- Número 20 - 2 de enero de 2014
Transformaciones de la estructura social, consumo y desigualdad

Universidad Nacional
de General Sarmiento 

Juan María Gutiérrez 1150 (entre José León Suárez y Verdi)
Conmutador: 4469-7500 - C.P. 1613 - Los Polvorines - Pcia. de Bs. As. - Argentina
info@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar

prensaUNGS

